

UBER CUBA

Orlando Luis Pardo Lazo (La Habana, 1971). Escritor y fotógrafo de La Habana. En Cuba, publicó los libros *Collage Karaoke* (2001), *Empezar de cero* (2001), *Ipatrías* (2005) y *Mi nombre es William Saroyan* (2006). En el exilio, ha sido profesor en Brown University y en Washington University de Saint Louis. Es autor del libro de relatos *Boring Home* (2014), la antología de narrativa *Cuba in Splinters* (2014) y el fotolibro digital *La Habana abandonada* (2014). En Hypermedia ha publicado los volúmenes de crónicas *Del clarín escuchad el silencio* (2016) y *Espantado de todo me refugio en Trump* (2018).

Orlando Luis Pardo Lazo

UBER CUBA



De la presente edición, 2021

- © Orlando Luis Pardo Lazo
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Diseño interior y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-66-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

En la novela de Edmundo Desnoes Memorias del subdesarrollo, Sergio, su protagonista, disecciona a través del lente de un catalejo, y desde su balcón en La Habana, la realidad cubana, ese progresivo tránsito del batistato al castrismo.

En Uber Cuba, un cubano exiliado en Saint Louis abre en canal el cuerpo de la realidad, ese tránsito personal del castrismo al trumpismo. Y lo perpetra a través del espejo retrovisor, a la postre cristal «aberrado» más que «corregido», de un automóvil-catalejo devenido escenario de múltiples encuentros.

Burgueses, militantes, activistas sociales y políticos, académicos, nínfulas, actores, músicos. Mujeres, hombres, negros, blancos, jóvenes, viejos, heteros, gays. Personajes anónimos o personalidades mediáticas que, amplificadas por el catalejo o invertidas en el retrovisor, destacan fugazmente en una masa mediática o anónima, para luego ser narrados así en La Habana como en Saint Louis.

AHMEL ECHEVARRÍA PERÉ
La Habana, viernes 13 de agosto 2021.

Cuando cuentas con movilidad en tu ciudad, todo es posible. Las oportunidades que se te presentan, de pronto, están más a tu alcance. Con la ayuda de nuestra tecnología, algo tan sencillo como tocar un botón para pedir un viaje se ha transformado en miles de millones de interacciones entre personas por todo el mundo para llegar a donde quieren.

UBER TECHNOLOGIES, INC.

1.

Desde que salí al exilio he cogido por lo menos mil novecientos cincuenta y nueve Ubers.

«Uber», por cierto, es una palabra que ni siquiera existía en Cuba. Ni existe. No cupo en el diccionario de nuestra marxista modernidad. Al parecer, el castrismo sigue y seguirá siendo radicalmente incompatible con el híper-civil concepto de Uber.

Nuestro entrañable totalitarismo insular no tolera ni siquiera a una ciudadanía-taxi. Por eso Cuba es un fenómeno tan arqueológico, una grosería geográfica que no pertenece del todo a la actualidad. Y por eso el sujeto castrista no tuvo, no tiene, ni nunca podrá tener contemporáneos. Nos hemos quedado muy solos, atrozmente solos, los cubanos con los cubanos. Crónicamente anacrónicos, como la cubanía misma es un concepto a la desbandada.

Uber Cuba es una sección escrita a la carrera: minutos antes, minutos durante, o minutos después de una de las mil novecientos cincuenta y nueve carreras que he dado o cogido en los taxis Uber del exilio cubano.

El exilio cubano es, por supuesto, una manera de decir. Ya no existe tal espejismo. Los cubanos somos aparecidos, espectros, fantasmas de la fidelidad.

Esta será, pues, la historia de la Revolución Cubana contada capítulo a capítulo por los taxistas y pasajeros de Uber, desde un siglo XXI que en Cuba aún no llegó, con nadie y para el bien de nadie.

Bendiciones literáridas de la barbarie: decir lo que nos venga en ganas decir. Para algo perdimos la guerra contra los totalitarios, para algo no pudimos evitar que nos destimbalaran antes de tiempo. Para contar ahora la historia como nos salga de los timbales. Para hacernos intolerables, intolerantes. Atravesados, como un miércoles de mierda, en la garganta del progresismo planetario.

Vade retro, Revolución. Esperamos el próximo Uber para soñarte.

2.

El taxista me miró por el espejo retrovisor. Tenía cara de pocos amigos. Tenía cara de haber detectado en el asiento de atrás de su Toyota a un pequeño Donald J. Trump. Y con razón. Porque yo era Orlando Luis Pardo Lazo, el autor anti-autista de *Espantado de todo me refugio en Trump*. El genio degenerado de mi generación.

Malditos norteamericanos. Maldita democracia.

Ya me quería ir de los Estados Unidos de América. Ya quería no haber venido nunca a este desproporcionado país. Desde hacía dos o tres años todo me sabía a maldad, a maldición, a maledicencia. En libertad, no se puede ni hablar. Pero, especialmente en los taxis Uber, la situación se me tornaba intolerablemente insoslayable.

—*So if you are a Cuban from Miami, you must hate Cubans in Cuba, huh?* —dijo el hijo de puta de pelo blanco y cuello rosado.

En el retrovisor, sus ojos brillaban demoniacamente azules. El muy cabrón era un ario absoluto. Es decir, un supremacista socialista.

¿Qué decir, cómo responder a una pregunta así?

Primero, pensé en degollarlo. ¡Zas!

Como no tenía una navaja conmigo, se me ocurrió cortarle el cuello con mi carnet de identidad cubano, perfectamente plastificado todavía por un funcionario de la Oficoda de Lawton. Que la muerte le supiera a gloria. A borbotones.

Pensé, después de condonar su sentencia a muerte, en escupir en su carro sin que el muy cabrón lo notara.

Y hasta pensé en tirarme yo de su taxi, en pleno movimiento por la 64 Interestatal: matarme para incriminarlo y, de paso, librarme del tedio terminal norteamericano, siempre tan dialoguero y argumenticio de taxi en taxi.

Al final, decidí dejarle un recuerdo amable. Darle la razón, en sus funciones de delator a sueldo de la compañía Uber para el bienestar de la humanidad.

—*Sure, hillbilly: we Cubans from Miami fucking hate all Cubans in Cuba, yeah...*

El taxista dejó de mirarme por el espejo retrovisor. Sus ojillos parecieron incluso apagarse. Iba como a meter un frenazo de odio y meterme un tiro. O, mejor, una ráfaga de AR-15. Pero, de pronto, lo que resplandecía en su albina cara era la plena satisfacción.

El tipo ya contaba con su plusvalía política del día. No había comenzado la pandemia y él ya me había desenmascarado. Donald Trump apenas había ganado las elecciones y él ya estaba exponiendo en su taxi la naturaleza tiránica y criminal de los trumpistas.

De aquí, directico a la insurrección. Con tarros y pieles de Buffalo Bill, cargando de contrabando con la *laptop* de Pocahontas en el Capitolio.

Benditos norteamericanos. Bendita democracia.

Ya me quería ir a Cuba. Ya quería no haber salido nunca de aquel desproporcionado país. La libertad es un látigo con cascabeles en la punta, supongo que para que pique más.

Mejor lo dejamos aquí. Si no te es molestia, bájate de este libro ahora. Por si no me entiendes: para ya de leer.

3.

No hay un taxi Uber en que no me terminen hablando bien de Cuba, de Fidel, de la Revolución. El exilio es una desgracia.

Todos quieren saber de todo. Son así de entusiastas.

Que si ya se puede viajar a Cuba, a pesar del dictador Donald Trump (quien, por cierto, no ha hecho nada para desmentir el legado lamebotas de su archienemigo presidente antecesor).

Que si en la Isla odian a los norteamericanos (si los choferes supieran a qué clase de cliente están transportando, les daría un infarto antes de coger la siguiente curva recomendada por Google Maps).

Que si deben apurarse a viajar para ver el comunismo antes de que Cuba cambie (nunca dicen antes de que Castro caiga).

Y que si es bueno el gobierno recién electo de Miguel Díaz-Canel, a quien ni uno solo de los taxistas Uber sabe nombrar, pero igual todos están convencidos y recontraconvencidos de que se trata del primer presidente no Castro (así se los dijo la CNN en *hezpañol* y en *ingless*).

En los Uber del exilio me he sentido más solo que en ninguna otra parte del mundo. Más que solo, abandonado. Más que abandonado, un fantasma.

En efecto, mientras la compañía Uber va chupando milla tras milla nuestras tarjetas de banco, sus choferes conversacionalistas nos demuestran que Fidel Castro siempre tuvo la razón, toda la razón, y nada más que la razón.

En su momento de mayor apogeo, el comandante nos lo advirtió bien clarito a los cubanos:

—Compañeros y compañeras, no se vayan a ninguna parte. Dense cuenta de una buena vez: el castrismo comienza allí donde terminan los Castro.

Pero, claro, los cubanos no supimos prestar la debida atención a la advertencia del comandante. Somos un pueblo malagradecido. Con suerte, mal nacido.

El castrismo de verdad comenzaba donde terminaron los Castro. Geogramática elemental: el castrismo no tiene afuera. Es inmanencia pura. Y es, por supuesto, el primero y el único derecho natural.

No viene al caso ponerse bravo. Mucho menos conmigo, que soy solo el vocero de la verdad: un evangelista de los Uber-Castro.

Resignémonos: es la Ley de la Vida. Mucho más ahora, que los Castros se fueron muriendo, a la vertiginosa velocidad de un suicidio por año.

La compañía Uber tampoco es responsable. Uber es apenas la consecuencia, un síntoma de la sinceridad primordial del proceso revolucionario cubano.

No hay tiranía externa. Tengamos el valor de reconocerlo. Aunque sea lo último sincero que hagamos. En cada una de estas carreras de taxis, los cubanos apenas estamos recogiendo lo que nosotros mismos durante décadas hemos sembrado.

Ahora solo es cuestión de disfrutarlo. No dejemos las cosas aquí. Aunque te moleste, *fellow* cubano, pégate al libro. O, por si no me entiendes de nuevo: no pares ya de leer.

4.

Con las mujeres en Uber, jamás me siento detrás. Es peor.

Se ponen nerviositas conmigo. Y con toda la razón. Soy un exiliado. Es decir, en principio soy un tipo acosado con tendencia a devenir, en venganza, un acosador.

Ese es el precio de la inmigración legal e ilegal. Los Estados Unidos tendrán que pagar un alto precio en términos de desesperación. ¿Qué se pensaban? ¿Que de la dictadura cubana iban a venir los más calmaditos aquí?

No, gracias. Toda vez lumpen, uno es lumpen para siempre. Incluso ilustrado. La escoria es la escoria y sin escoria no hay escoria. Y no hay más vuelta que darle. Somos la tara tétrica de un Estado-Escoliosis.

La última vez que me le senté detrás a una taxista de Uber, estaba más que justificado de mi parte. Era cerca de la medianoche. Todo Saint Louis estaba borracho. El 4 de Julio terminaba en el Medio Oeste con un jolgorio de cerveza y semen multicultural.

Los negros, sus negros rabazos. Los blancos, sus rabitos blancos.

Y, para homenaje del poeta no tan adúltero como adulterado Nicolás Guillén, me tocó al timón un tronco de morena Missouri que estaba para chuparse los dedos. Mejor, para enchumbarse los dedos en los meandros del Mississippi de su pipi con melanina a millón.

Perdónenme, pero ustedes me entienden. Menos mal. Porque lo que fui yo, lo cierto es que esa noche patriotera no me pude aguantar.

Me corrí para el asiento de atrás de la diva de ébano, intentando por todos los medios esquivar sus ojos de águila ávida en el espejo retrovisor. Sé que llego ahora al punto más fálico de mi relato. Y, en efecto, como era de esperar, me saqué el miembro copulador en pleno Hyundai propiedad de la compañía Uber.

Lo siento, Travis Kalanick. Por favor, Garrett Camp, en el nombre del pueblo cubano te pido disculpas, pero...

Si alguna vez paso por el 455 de la Market Street en San Francisco, les prometo que les llevo una flor a cada uno. Pero no pude evitarlo ese 4 de Julio. La patria hala. La patria es pedestal y ara. Y me hundí en mis deseos despóticos de reventar de placer sobre el terciopelo corporativo de aquella mulatona *mizzou*.

Me iba a ir enseguida. Ven, ir. Era cuestión de segundos. Así sería mi nivel de locura y excitación.

Ah, pero la mujerona se lo olía. Literalmente, se lo olía. Como correspondía a su porte y talla XXXL, la afronorteamericana era toda una experta extraclase en ese tipo de operaciones clandestinas a sus espaldas.

Me dio un parón del carajo. De haberlo querido, bien hubiera podido llamar al 911 o denunciarme a la mismísima Asia Argento en persona (es decir, vía Mensaje Directo en Twitter). Pero decidió darme una lección que me dura hasta el día de hoy.

—*Mah boy* —me dijo: yo me estaba masturbando a solo centímetros de su nuca en la madrugada sin Cuba, pero igual mi chofer de Uber me infantilizaba soberanamente con ese *mah boy* tan suyo, tan salvífico—: *whah your doin' back ther it ain't pleases the Lord, Jesus Christ our Savior, ya know?*

Mejor no sigo. Ya lo he dicho. Me dio un parón del carajo, que me dura hasta el día de hoy. Pero al menos permítaseme añadir en mi defensa que jamás he vuelto a sentarme en el asiento de atrás de una mujer taxista. Ni en taxi, ni en tren, ni en avión, ni en ninguna parte. Ni cristiana, ni judía, ni islámica. Mucho menos atea.

Mi Uber predicadora estuvo hablándome y bendiciéndome hasta que me dejó en la puerta de mi casa. En efecto, se bajó de su carro y me acompañó hasta que yo entré, para evitar cualquier equívoco o recaída de mis gónadas hipertrofiadas. Su conversación fue una verdadera Uber-conversión.

Puedo asegurarles que, lo que era libidinosidad loca de un sujeto desamparado y desaparecido como yo, terminó siendo la epifanía y el consuelo de que sí existe un cielo, compañeros. Y, muy a pesar de las burlas barbáricas de Nicolás Guillén (antes de estirar la pata que le cortaron los cirujanos del castrismo), en esa Cuba celestial cada uno de los cubanos contará por fin con su propio asiento, sin trauma y sin tara, en el taxi contranatura de nuestra nación.

Viajaremos entonces, por fin, en paz póstuma. Sin necesidad de violarnos los unos a los otros en cada cabina o asiento de atrás.

Cubansummatum est.

ÍNDICE

1. Desde que salí al exilio...	11
2. El taxista me miró...	13
3. No hay un taxi Uber...	16
4. Con las mujeres en Uber...	19
5. Una vez el chofer del Uber...	22
6. Era fundador de Uber...	24
7. Me apuesto lo que tú quieras...	26
8. No me gustan los Uber Pool...	28
9. Pocas veces uno tiene la suerte...	31
10. Tenía un tatuaje en el bollo...	34
11. Uber nos permite...	37
12. No hablaba inglés...	40
13. El chofer me lo soltó a la cara...	42
14. En efecto, como me lo pronosticara...	45
15. El chofer del taxi Uber...	47
16. Me monté en el taxi Uber...	49
17. Pedí y pedí un taxi Uber...	50
18. El Uber avanzaba lentísimo...	52
19. Yo sabía que tarde o temprano...	55
20. El chofer del Uber era...	57
21. Manejaba el Rambler una mujer...	59
22. Le dije a la chofer del Uber...	62
23. Una de las cosas que más...	65

24. El chofer del Uber me dijo...	68
25. Normalmente, voy en bus...	70
26. Ricardo Piglia, que en prosa descanse...	77
27. Rumanía es un país de brujas...	81
28. Se llamaba Miranda...	84
29. Personajes planos, párrafitos raquíuticos...	88
30. Nos pasábamos días y días...	90
31. A Fina García-Marruz, al subirse...	93
32. Eran las Navidades del 2018...	96
33. Hacía 60 años ella había sido feliz...	99
34. Manejaba y tomaba pastillas...	101
35. En la soledad de la noche...	106
36. Lo supe desde que le vi la pinta...	109
37. Esto va a parecer un ejercicio estéril...	113
38. El Pantera Negra nunca...	117
39. Hay un momento en el exilio...	120
40. Chucho Valdés en Saint Louis...	122
41. Soñé que iba en un taxi Uber...	125
42. A la altura de la Pequeña Habana...	128
43. Cuando me monté...	130
44. El chofer del Uber vio el libro...	132
45. Los otros días, viajando en un Uber largo...	134
46. Esto que voy a decir es privado...	138
47. La taxista tendría dieciocho o...	141
48. El negro me miró a los ojos...	143
49. La rusita estaba riquita...	146
50. «Los Estados Unidos llevan...	150
51. Aquí lo tengo todo, <i>brother</i> ...	153
52. La muchacha se llamaba Maggie...	156
53. Hoy, jueves 14 de marzo de 2019...	160
54. El taxista del Uber era un políglota...	164
55. El olor de mi barba está contigo...	167
56. Me respondió una cubana...	170

58. Mujer y todo, tuve que...	173
59. Cuando en agosto del año pasado...	176
60. El entendimiento es el mismo...	178
61. Era la primavera otra vez...	181
62. Presenté mi libro <i>Espantado de...</i>	183
63. El chofer me dijo...	185
64. Una vez cogí un Uber Pool...	188
65. Hizo un día frío y radiante...	192
66. 6-6-6, el número de la Bestia...	195
67. Íbamos a millón bajando por...	198
68. El Uber Pool iba repleto...	201
69. Cuando no puedo dormir...	203
70. Las cosas que les pasan a los cubanos...	206
71. Soñé que no existían los Uber...	209
72. Flaca, seria, altísima...	211
73. No cooperes con el artista cubano...	215
74. Él lucía tan lindo, tan joven...	219
75. Decidí que iba a botear de nuevo...	222
76. Y pasó lo que tenía que pasar...	229
77. El 2020 es ya el futuro...	233
78. «Como los hombres cubanos...	236
79. Escuchando a Alex Otaola...	240
80. Estuve esperando y esperando...	243
81. La noche trucutú de los exiliados...	247
82. Voy a arriesgarme mucho...	251
83. Una madrugada, bastante temprano...	254
84. Es triste pensar que en Cuba...	257
85. Usaba un vestidito rojo...	260
86. El masajista se montó...	267
87. Si de algo me ha servido...	270
88. Debo advertirlo desde el inicio...	273
89. Lo reconocí tan pronto como lo vi...	279
90. No siempre es posible tener una aventura...	282

91. Estaba mirando la luna...	283
92. Los mediodías de verano son venenosos...	288
93. Para que un negro parezca viejo...	292
94. En la Washington University...	295
95. Hacía un calor del carajo...	298
96. La única vez que manejé taxis Uber...	301
97. Manejando taxis Uber hay solo...	304
98. Mis primeros discos de Silvio...	306
99. Una rosa en tu pelo parece...	309
100. El viejito lucía como de cien años...	311
101. Ernesto Cardenal no era cardenal...	314
102. Todavía se veía tan bonita...	319
103. El cine Erie fue el gran taxi Uber...	324
104. Me quedé dormido dentro del carro...	327
105. En una de esas callecitas-frontera...	329
106. Manejando taxis Uber...	333
107. Este no es otro de mis Uber Cuba...	337
108. «Marianela», así, huerfanita...	341
109. Se montó en mi taxi Uber...	345
110. Hacía 61 años ella había sido feliz...	347
111. Viajé a Los Angeles...	349
112. Sentado tras el volante...	353
113. Fue a finales de marzo de 2020...	355
114. Todo el mundo solo...	359
115. En el taxi se subió una...	363
116. En la televisión cubana publicaron...	367
117. El chofer me dijo, tan pronto...	370
118. El francotirador se montó en mi taxi...	372
119. Una vez, manejando un taxi Uber...	375
120. Yo iba manejando un taxi Uber...	379
121. Era casi la medianoche, y tan tarde...	382
122. Cuando despertó, el taxi Uber...	386
123. El negro se montó en mi Uber...	387

124. Yo vivía convencido de que el tipo...	391
125. Y pasó lo que tenía que pasar...	395
126. «Beth Harmon». Cuando vi su...	397
127. El pasado miércoles 6 de enero...	402
128. Una noche se montó en mi taxi...	406
129. Íbamos en un Uber Pool...	410
130. Cuando la nieve cae...	416
131. Miré mis manos. Tan cansadas...	419
132. Hay un cuento muy lindo...	421
133. En realidad, desde que salí al exilio...	423

